

General Mitre, y después le enviara a Inglaterra, donde le sorprendió la independencia de Cuba. Fué Secretario de la Legación de ésta en Londres, donde ha residido siempre, cuando era Ministro Plenipotenciario el ilustre don Rafael Montoro, quien pudo apreciar sus méritos.

Dedica la obra *Sones de la lira inglesa* al eminente profesor James Fitzmaurice Kelly, bien conocido en Inglaterra por su competencia literaria, y que le secunda en sus estudios de la lengua inglesa.

Zéndegui observa que Cervantes comparó las traducciones al revés de un tapiz, y que Madame de Sévigné dijo que son los recados que dan los sirvientes; pero Leigh Hunt hizo constar en su *Festín de los Poetas* que, al brindarse por los mismos, no fueron omitidos los que traducen bien. Cuando se ha estudiado perfectamente dos lenguas, para traducir una poesía el éxito es seguro si se tiene algo de estro, como le ocurre a Zéndegui.

Divide el libro en ocho a manera de capítulos. I. De la Poesía.—II. Del tiempo.—III. De la religión.—IV. Del misticismo.—V. De la muerte.—VI. De la guerra.—VII. Del amor.—VIII. De la naturaleza.

Como no es posible, ni necesario, reproducir más de una composición de cada capítulo, de entre la centena larga que contiene el libro, empezaré por la que se titula:

LA MENTE DEL VATE.—De Lord Tennyson.

«Vex not thou the poet's mind»—

A la mente del Vate
no tu gracejo frívolo maltrate.
Tú nunca sondarás su pensamiento.
Libre deja que sea
siempre su pura, su brillante idea
como la luz y el viento.

¡Atrás, Sofista impío!
el lugar todo está santificado;
para el desdén, para el sarcasmo frío
el paso está cerrado.

Agua lustral ahora
mi mano regará sobre las flores
y los laureles que lo cercan todo;
perdieran la fragancia y los colores
si la saña advirtiesen de tu modo.

En tu pupila mora
la muerte y como heladas
quedan las plantas al sentir tu aliento.

El gárrulo concento
de las silvestres aves refugiadas
en la densa verdura
sólo conmueve al corazón sencillo;

el pronto pajarillo
que trinando publica su ventura
de la rama caería desmayado
si entrar te viese en el jardín sagrado.
En medio del jardín surte una fuente,
relámpago luciente
cuyo remiso trueno es melodía;
porque brote en el césped noche y día
fecúndala aquel monte
azul del horizonte,
y el monte la ha tomado de los cielos;
entona sin recelos

de inextinguible amor un dulce canto...
mas ¡ay! para tu oído
todo el sonoro encanto
de su ritmo tan claro está perdido.
De aquí tus pasos, réprobo, desvía;
si notase la fuente
cercana tu impureza de repente
su raudal bajo tierra ocultaría.

En el segundo capítulo, *Del tiempo*, las siguientes composiciones lo personifican:

VÍSPERA.—De Sir Walter Raleigh.
(En la noche precedente a su ejecución).

«Even such is time, that takes on trust»—

Tal es el Tiempo que nos cobra en prenda
la juventud, los goces... cuanto habemos...
y con vejez nos paga, y con ceniza...
El que en el sepulcro silencioso y negro,
cuando se rinde al fin nuestra jornada,
cierra de nuestra vida el triste cuento...
Mas del Tiempo y de todo
me ha de alzar el Señor... Así lo creo.

LA VEJEZ.—De Edmund Waller.
(Su última composición).

«The seas are quiet when the
winds give o'er»—

Como los mares cuando no soplan ya los
[vientos,
idas nuestras pasiones sentímonos calmados
y entonces comprendemos qué inútil fué
[alardear
de cosas que perecen y vanos sentimientos;
mas, mozos, nos ocultan de la emoción
[nublados
el vacuo circundante... lo vemos con la edad.

Grietas los años abren en la cabaña oscura
del alma a resplandores celestes dando
[entrada;
por esto, si más débiles, saben los hombres
[más
conforme se aproximan a su mansión
[segura...
Los mundos alto y bajo comprende la mirada
de los que están pasando el pórtico eternal.

El tercer capítulo, *De la religión*, lo precede entre otros conceptos del siguiente: «La ciencia y la religión, observa un pensador inglés, son igualmente humildes y sólo se ponen en conflicto cuando una de ellas, o ambas pierden la humildad y dejan, por tanto, de ser lo que son».

De este capítulo tomo la composición titulada

NOCHE EN LA CASA SOLARIEGA.—
De Thomas Hardy.

«When the wasting embers reddens»—

Cuando todos los vivos se retiran,
y quedo solo ante el hogar do espiran
las ascuas, y la sala se enrojece,
y la vida un desierto me parece
que no vale la pena de cruzarse,
me figuro que vienen a sentarse
en torno mío espíritus en gasa:
los de mi fuerte estirpe que murieron,
y que felices fueron
antes que yo señores de mi casa.
Mas noto que me miran con fijeza
en expresión de burla o de tristeza,

y les hablo: «¿Qué haré si os contraría
mi lógica? ¿Queréis que no reproche
el consignar los hombres a la noche
después de haberles hecho ver el día?
¿Por qué, por qué?» La transparente mano
alza entonces el duende más anciano
y en voz sin tono: «Nieto,
me dice, deja quieto
ál por qué, tu fatal monomanía;
puesto que te queremos te advertimos.
Toma del mundo lo que da, mezclado
dolor, placer; y aguarda resignado,
cubriendo bien tu mesa, como hicimos
tus abuelos. Inútil es la queja:
pasar al Tiempo inexorable deja».

El capítulo cuarto, *Del misticismo*, lo precede de estas líneas: No la fe ni la razón solas son suficientes guías, dice Samuel Butler; la seguridad de un hombre no está ni en la una ni en la otra sino en la templadura: en la capacidad de fusionar ambas, aun cuando aparezcan más mutuamente destructivas. Un hombre de buen temple estará cierto a pesar de la incertidumbre; será razonable a pesar de apoyarse más bien en la fe que en la razón, y lleno de fe aun cuando más apele a la razón.

Saco de este capítulo la composición que sigue:

CUÉSTA ARRIBA.—De Christina Rossetti.

«Does this road wind up-hill
all the way?»—

¿Todo el camino sube así, ondulando?
Así sube hasta el fin, mi buena amiga.
¿Durará muchas horas la jornada?
Desde que empieza hasta que acaba el día.
¿Habrà para la noche algún albergue?
Se llega al parador a noche prima.
Mas en la oscuridad podré no verlo...
No dejará de alzarse a vuestra vista.
¿Llamaré con la aldaba o dando voces?
La puerta os abrirán bastante aprisa.
¿Allí estarán, presumo, otros viajeros?
Todos los que siguieron esta vía.
¿Podré encontrar allí quietud, descanso?
Allí se acabarán vuestras fatigas.
¿Entonces habrá camas para todos?
Las habrá para todos, buena amiga.

El capítulo quinto lo precede el autor de lo que sigue: Alcemos altares, dice Emerson, a la Bella Necesidad... Si le fuese posible a alguno alterar, siquiera en lo mínimo, el orden de la Naturaleza, ¿quién querría aceptar el don de la vida?... ¿Por qué nos ha de atemorizar la Naturaleza? ¿Por qué hemos de temer que nos aplasten salvajes elementos cuando estamos compuestos de esos mismos elementos?...

Alcemos altares a la Bella Necesidad que infunde valor al hombre con la creencia de que él no puede evadir un peligro señalado ni correr otro que no lo está; a la Necesidad que lo educa, con dureza o blandura, en la persuasión de que no hay nada contingente en la vida, la cual está sujeta a una Ley que ni es inteligente, sino la Inteligencia—ni personal ni impersonal—que desdeña explicaciones supe-